

monarquía, expulsando de España y sus Indias los ejércitos de la reacción universal, los jesuitas. Federico II de Prusia, el mayor de todos los Reyes, también es el mayor de todos los revolucionarios, al dejar fundada la potencia que ha de humillar al Austria y sostener el espíritu moderno en Alemania. Carlos XII y Pedro el Grande rasgan los tratados, violan los derechos, roban á los Reyes sus hermanos á guisa de piratas y bandoleros por mar y tierra, talan, saquean, incendian, asesinan, demostrando á los pueblos, ya mayores de edad, cómo sus Monarcas no guardan ni saben guardar ningún humano respeto. María Teresa considera las nacionalidades como un predio y los ciudadanos como un ganado, y cree tener sobre ellos aquel derecho de abuso reconocido por los legisladores romanos como signo característico de la propiedad. José II consuma la perdición de todas las monarquías, quitándolas con su espíritu reformador el apoyo de la Iglesia y conduciéndolas con sus ambiciones á mortales crisis. Lo cierto es que en los hechos capitales del siglo interviene la política de los Reyes, y que en la política de los Reyes falta por completo la idea y el sentimiento de justicia. En la guerra de sucesión española, en la guerra también de sucesión austriaca, en el repartimiento de Polonia, en la conquista de Silesia, en los conflictos de Rusia con Turquía, en las ambiciones de Suecia; en las diversas maniobras del Imperio, así al promover las cuestiones con Baviera como las cuestiones con los Países Bajos, en toda la política, desde las guerras hasta las paces, desde las pragmáticas hasta los tratados, reinan la injusticia, la crueldad, la ira, la venganza, las pasiones más bajas, el egoísmo más implacable, el crimen más desvergonzado, como si en lugar de regir las sociedades humanas principios de justicia y de derecho, la rigiera esa misma facilidad del mundo material que aviva y mata, crea y aniquila, arroja millares de seres al mar de la vida y los devora con implacable indiferencia. Los Reyes podían darse á estas orgías de sangre, y suprimir con sus propias almas la conciencia, y en sus leyes el derecho y la razón; pero las revoluciones llegaban implacables á pedirles cuentas de sus actos y á sacar las últimas consecuencias contenidas en tan funestos precedentes y á aprovechar las enseñanzas legadas á la Historia.

Mientras la monarquía se descompone y decae en el siglo XVIII de la manera que antes hemos visto, el espíritu humano se recompone y triunfa. Los siglos, esos períodos de cien años, presentan caracteres tan propios que los determinan y los definen, como si, á manera de los individuos, tuvieran vida única y alma personal. Así, los hay de luz deslumbradora y de tinieblas palpables, vivificadores y decadentes de tal manera, que hasta las altas cimas del genio, donde parece reinar la idea pura en su individualidad aislada é independiente llevan como una marca su indeleble sello. Y sucede esto sin duda porque en el inmenso universo y en el espíritu inmenso, á donde quiera que llega la trama de la vida y la lumbre de la idea viven la unidad y la variedad: en el aire que nos parece tan simple se encuentran los gases, y en la luz que nos parece tan una, los matices, como sobre los indi-

viduos y sus caracteres, y sus genialidades, y su personalidad, que nos parecen tan varios, se extiende la unidad de los géneros y de las especies. Por esta armonía entre el elemento de unidad y el elemento de variedad los genios varios de un siglo comulgan en el mismo espíritu y se contagian de su grandeza ó de su decadencia. Hay siglos con vocaciones sublimes, como el siglo primero de nuestra era en que viven Jesucristo y Virgilio. Hay siglos de terror y de ira, como aquel siglo en que el infierno aborta á Alarico, á Genserico y á Atila. Hay siglos de esperanzas y siglos de desesperación. En el siglo X se respira por todas partes muerte, como si fuera el planeta un sepulcro entreabierto; en el siglo XV se respira la esperanza y la vida, como si el Renacimiento fuese la primavera del humano espíritu. Pues un siglo así, de esta naturaleza, de este carácter, de esta temperatura, es el siglo XVIII. Cuando el doctor Fausto, encerrado en su laboratorio y circuido de sus retortas, siente que la pura vida científica es una abstracción y el hombre puramente entregado al pensamiento mera entelequia; cuando la Naturaleza, el arte, el amor, la vida real y positiva le llaman con sus reclamos y lo atraen á sus turgentes senos, deletrea el Evangelio gnóstico y alejandrino por excelencia, el Evangelio de San Juan, y lo comenta con una profundísima palabra, la cual dice que en el principio no era el Verbo solamente, sino la acción; palabra sublime, donde ha encerrado su tiempo, el tiempo de su epopeya, el siglo engrandecido con sus inmortales inspiraciones, é ideas, este siglo XVIII de combate por la verdad y por el derecho, por la libre razón y por la eterna justicia. No tiene el siglo XVIII aquel depurado gusto del siglo XVI, ni aquella hermosura plástica sólo comparable á la eterna hermosura griega. No reina en él aquella serenidad que al Renacimiento dió Grecia, la Psiquis, la Elena, la Musa eterna, la sibila incomparable, la Diosa; cuyo nombre es como una melodía dulcísima en la vida humana, y cuya resurrección como el florecimiento del espíritu moderno, la que avivó nuestra edad al casto beso enviado desde su sepulcro de mármol, trípode de la inspiración, nido del genio, ara divina del arte. No se encuentra en el siglo XVIII la hermosura y la inspiración que en el siglo XVI. Para ver un tiempo así, para alcanzarlo, se necesita ir á las edades mismas resucitadas por el gran siglo, á la juventud, al heroísmo, á la armonía, á la serenidad, á la belleza de los tiempos helénicos, cuyo cincel estaba perdido, y fué entonces encontrado entre reveladoras ruinas. El siglo XVIII es menos poético, menos inspirado, menos divino que el gran siglo de la religión y del arte; pero es mucho más humano, mucho más filosófico, mucho más político. Apenas ver aquel coro de genios extraordinarios que parecen como el profeta Elías en el Carmelo, guardados por siglos de siglos en el Olimpo, dentro de una nube de éther, en comunicación estrecha con la hermosura perfecta, apenas verlos esclavos los unos, como Lutero, de Carlos V; esclavos los otros, como Vinci, de los Viscontis, esclavos éstos, como Cervantes de Felipe II, esclavos aquéllos como Shakespeare de los Tudores: apenas que Rafael sea cortesano de los Papas y Tasso de los Estes y Julio

Romano de los Mantuas y Cellini de los Valois y el Sarto de los Médicis, cual si no pudieran cantar esas almas armoniosísimas, esas aves del cielo, sino en las doradas jaulas de los palacios y en el taiste seno de la servidumbre. Cuando llega el siglo XVIII, romperá el genio con la tiranía, y si él mismo no se emancipa, porque el mejor de todos sus escritores, el que lo caracteriza y lo define, Voltaire, adula, ya á Catalina II, ya á Federico el Grande, ya al Papa; su idea es esencialmente emancipadora y redentora; su cruzada profundamente política, de un espíritu tan progresivo que no se comprendería la revolución y sus reformas sin comprender antes, sin explicar antes los rasgos más sobresalientes de este tiempo revelador y humano.

En la antigua Roma reveló cierto día un tribuno las fórmulas de la jurisprudencia que guardaban los sacerdotes como un secreto hierático en sus templos. Y aquella revelación, arrancando al patriciado uno de sus más valiosos privilegios, cedió en bien de la democracia y contribuyó poderosamente á su emancipación. El siglo XVIII recogió las ideas científicas, las ideas filosóficas, y las encarnó en la realidad, y las pasó por una serie de transformaciones sucesivas al sentido común humano. La Enciclopedia es una doble revelación, así de la serie que enlaza unas con otras las ciencias como de su sentido práctico y positivo, y de sus consecuencias sociales. Tan grande siglo no podía consentir que las ideas quedaran como puras abstracciones en el infinito cielo de la ciencia, á manera de esos astros apartadísimos de nosotros, y perdidos en los abismos del espacio, con los cuales no tenemos otra relación sino la incierta luz llegada á nuestras retinas ó á nuestros telescopios. Las ideas descendieron á la tierra y se transformaron en el sentido común, y fueron leyes prácticas, cristalizándose en progresivas instituciones. Una secta religiosa, los jansenistas, si bien admitió la gracia á la manera de Lutero, también admitió la libertad, y quebrantó la antigua jerarquía y la intolerancia secular del Catolicismo. Otra secta misteriosa, cuyo origen apenas conocían los mismos que la formaban, con tradiciones orientales como una religión, con liturgias y ceremonias ostentosas como un culto, con misterios y dogmas como una Iglesia, secta que pretendía levantar un templo en la conciencia religiosa al Gran Arquitecto del Universo, y otro templo en el mundo político al gran principio de la libertad, guardando secreto en sus prácticas mientras publicaba sus tendencias, adquirió un soberano influjo por haber dado á las ideas modernas cierto resplandor místico, á cuya virtud penetraban dulcemente en las almas, y por haber predicado el gran dogma de la tolerancia, á cuyo poder se reconciliaban los ánimos y surgían en la mente los primeros albores de la idea del derecho. Lo cierto es que aquella Orden de los Jesuitas, nacida como una protesta de la reacción contra la libertad religiosa, penetrada del espíritu de la Edad Media, predicando el libre arbitrio en frente de la gracia luterana y suprimiéndolo en sus asociados, ejército de la inservidumbre intelectual, que sometía la conciencia al Papa, la Iglesia á los ultramontanos, el arte á las pálidas convenciones académicas, el saber á la balumba de los comen-

tarios teológicos, la arquitectura al aparato fastuoso y al ornamento exagerado; confabulación de las tinieblas contra la luz, hermandad religiosa que exaltaba y quería rendir la razón en guerra perdurable como aquellas hermandades feudales de otros siglos, quinta esencia del despotismo espiritual, desapareció misteriosamente en todas partes herida por la mano misma de los Reyes, que, instrumentos ciegos de un poder superior á todas sus fuerzas, allanaban los obstáculos y abrían camino á la moderna revolución.

Nunca habían necesitado más los poderes antiguos estas organizaciones de resistencia, de resguardo, de defensa, y nunca las habían tenido en menos. Precisaba oponer sectas á sectas y destruían la única henchida del espíritu reinante por aquellos tiempos en que se declaró y se fundó su derecho divino. Destruídos los Jesuitas, reinaron, sin competidores y sin rivales, todos aquellos que elaboraban el espíritu moderno, los jansenistas en la Iglesia, los francmasones en la política, los volterrianos en la literatura, los enciclopedistas en la ciencia. Y no eran estas únicamente las sectas de poder y de influjo allí donde las revoluciones se condensan de poder é influjo en los ánimos y en los espíritus. Había además los economistas que, al ver la tierra estéril, la producción agotada, los campos yermos por la servidumbre, los privilegios encerrados en el último resto de la barbarie feudal, oponían á todos es estos fatalismos históricos las libertades individuales y la grande actividad espontánea del trabajo. Y tantas legiones del progreso veíanse aumentadas por las que adoraban á América. Siempre el contacto entre los Continentes ha producido una revolución universal en la vida. La aparición de Asia á Grecia por medio de los conquistadores persas ó de los comerciantes fenicios; la aparición de Grecia al Asia por aquel Alejandro que llevaba en pos de sí un ejército parecido á coros innumerables de artistas; la intersección del genio helénico y el genio judío y el genio egipcio al pie de las Pirámides; la venida del Oriente al mundo moderno europeo por las navegaciones primero de los venecianos y luego por los portugueses; el descubrimiento de América; todas estas revelaciones de razas y todo este contacto de territorios han traído á la vida universal principios, elementos de una influencia inextinguible, no sólo por cuanto han agrandado la tierra con sus territorios, sino también por cuanto han embellecido los cielos del espíritu con sus constelaciones de ideas. A mediados del siglo XVIII América se aparecía de nuevo, no como la tierra, cuyos continentes abrazan de polo á polo el planeta; no como la diosa en los dos inmensos mares, el Atlántico y el Pacífico; no como aquella creación immaculada en cuyos bosques creíamos haber encontrado el Edén, y cuyos ríos, verdaderos Océanos, se deslizaban entre riberas de una hermosura tal que parecían duplicar la vida, centuplicar las fuerzas de la Naturaleza y traer un nuevo planeta á nuestra estéril tierra; aparecíase como la revelación de la libertad, como el advenimiento de la democracia, como el santuario del derecho, como el principio de una nueva era, en su lucha gigantesca contra la monarquía y la aristocracia de Inglaterra, y en su esfuerzo por fundar la joven República de los Estados-Unidos,

inmenso faro cuya luz se reflejaba sobre todas esas frentes elevadísimas, llenas de ideas, cimas sublimes que recogen y reverberan, como las montañas altísimas, los primeros arreboles del día, los rayos, los resplandores primeros de las nuevas ideas. En toda Europa cuantos amaban la libertad se sintieron movidos también de amor hacia América y arrastrados á combatir por ella en su heroica Cruzada y á presentarla de nuevo ante las inteligencias abiertas á todos los ideales y ante los corazones anhelosos de profundas emociones como la tierra reveladora del Verbo de la libertad.

La nueva idea era, pues, incontrastable por los valedores que tenía y por las revelaciones que guardaba. Newthón había vivido en los primeros veinte años del siglo y llenádos de gloria. Voltaire había sido su alma: poeta, filósofo, historiador, sabio, en todas las esferas del entendimiento humano brillaba y á todas las limpiaba de la herrumbre de lo antiguo con el ácido incomparable de su cáustica ironía. Diríase al verlo tan poseído de la idea moderna, tan implacable con todas las supersticiones, combatiendo la esclavitud intelectual, conjurando los errores seculares, pronto siempre á matar de un chiste la tiranía y á exaltar la libertad; tan claro como la luz, tan fecundo como la naturaleza, tan alegre como la juventud, tan vario como la vida, tan universal como la ciencia; armado de aquella clava que se ha llamado sarcasmo, pero contra los mentidos ídolos y los falsos altares, gran señor en sus maneras y en sus hábitos, pero gran plebeyo en sus tendencias emancipadoras y en su sentido práctico; culto y chocarrero, profundo y límpido, clásico y liberal, artesano y tribuno, amigo de los Reyes y profeta de los pueblos, diríase que el espíritu humano, hirviendo como un licor nuevo al calor de tantas ideas, se había apoderado de aquel hombre y se había subido á su titánica cabeza. No era él sólo, no, quien combatía por entonces. Combatían también los dos escritores que fundaban la Enciclopedia, combatía el magistrado íntegro cuya clarísima palabra enseñaba á Francia las instituciones de Inglaterra como para mostrarle el único medio de descargar un tanto de su tempestuosa electricidad el espíritu relampagueante por los lejanos bordes de aquellos turbios horizontes. Combatía también el eclesiástico pasado á los filósofos, que presentaba á los ojos de Europa el cuadro de la libertad americana. Combatía el naturalista que, elevando un monumento al mundo inferior, despertaba y arraigaba el sentimiento de la Naturaleza. Combatía el matemático y astrónomo que, agrandando el Universo en su mecánica, agrandaba la idea de Dios en las conciencias y el sentimiento de libertad en los corazones. Combatía hasta el autor cómico, que bien lejos del mérito de sus ilustres predecesores, presentaba la nación cautiva bajo la tutela de su Monarca apoyado por el clero y los nobles, los burgueses y los plebeyos decididos á redimirla y á salvarla, criticando acerbamente la censura, encareciendo la libertad republicana de América, y no obstante esto, tan querido de los mismos á quienes combatía y amenazaba, que sus comedias se ponían en la diminuta corte de Triánón, separada de la antigua etiqueta y de la compasada majestad de Versalles.

Pero entre todos, el gran combatiente fué un hijo de cierto relojero de Ginebra, estudiante desaplicado y calavera, lacayo infiel, discípulo vagabundo que abandonaba los colegios católicos y los colegios protestantes, amator olvidadizo, músico mediano, temperamento nervioso, ánimo incierto, espíritu apocadísimo, imaginación soñadora, corazón sensible pero inconstante, naturaleza sujeta á tales cambios que parecía tener una epilepsia en la conciencia y en el pensamiento, ingrato con sus protectores, receloso de sus amigos, trémulo siempre ante la calumnia y de la calumnia víctima hasta calumniarse á sí mismo ante la posteridad; tan raro que se vestía de armenio y se refugiaba en las islas de los lagos suizos y huía del mundo sin razón para volver á presentarse sin motivo; y tan desconocedor de sí que hasta mediada la vida no dió con su completa vocación, con aquellas facultades maravillosísimas de escritor elocuente destinadas á destruir el viejo mundo y á llenar los corazones con el sentimiento exaltado de la nueva vida.

Nunca se conoció como entonces cuán débiles suelen ser los instrumentos de que la Providencia se vale para realizar sus altos fines, en cuyo conjunto jamás se encuentra el mal, obra triste de la condicionalidad humana y del límite estrecho en que estamos encerrados. Aquel hombre escribió contra los espectáculos como pudiera escribir un Padre de la Iglesia ó de calvinista intransigente de la austera Ginebra; aquel hombre alabó el estado salvaje y formuló una igualdad incompatible de todo punto con las realidades vivientes de la sociedad de nuestra naturaleza; aquel hombre opuso al despotismo de los Reyes una especie de despotismo de los pueblos con su dogma de la absoluta soberanía popular; aquel hombre idea la utopía del Contrato social; y con todo esto ha sido uno de los hombres más elocuentes que desde Platón á nuestros días conociera la Historia y ha llevado el sentimiento de la revolución y del progreso al tierno corazón que parece vivir y alimentarse del jugo de lo pasado, el corazón de la mujer, en cuya fe y en cuya sensibilidad se refugian los penates de todos los pueblos y se doran y se poetizan las ruinas de todos los tiempos. ¡Qué transformación! Las mujeres, apartadas por una falsa educación de las cunas de sus hijos tornaron á ellas y dieron el pecho maternal y la nutritiva leche á sus pequeñuelos. Y al mismo tiempo que los lactaban, exaltadas por la universal transfiguración á que los había llevado en sus alas de fuego el ethéreo verbo del filósofo, les infundían el desprecio á la muerte, el sentimiento de la inmortalidad, la aspiración al progreso, el amor á la naturaleza, la idea de la igualdad y el deseo incontrastable de merecer una ciudadanía honrosa y digna en la República que se asomaba entre los celajes del porvenir.

¡Qué gran siglo! La Historia se transforma revelando que los hechos sociales obedecen á las ideas como los fenómenos naturales á las leyes cósmicas. El espacio se dilata y lo infinito penetra más en nosotros como nosotros en lo infinito. La mecánica celeste se revela cada día más matemáticamente, y el origen de nuestro globo se adivina por las intuiciones del genio. El hombre se figura que le van á brotar alas, que se va á desmentir la fábula de

Icaro, que va á volar como las aves, cuando contempla al montgolfiero levantándose á los cielos y perdiéndose en los cerúleos abismos. Las nubes se sienten perturbadas en su incierta carrera por la mano audaz del hombre que buscó en sus vaporosos senos el rayo centelleante para señalarle un camino en la tierra y hundirlo y abismarlo á sus plantas. La corriente eléctrica agita los miembros muertos como si trajese consigo la esperanza de una resurrección. El magnetismo, el influjo poderoso de su incontrastable atracción centuplica la vida y hace creer que van á transparentarse los cuerpos, á verse y entenderse las almas, á sonar entre los chispazos de la cadena eléctrica los nervios como un arpa eólica, que, movida de misteriosísimo soplo creador, produjera dulces melodías. El agua, el aire, los antiguos elementos de Aristóteles se descomponían y daban de sí esencias misteriosas, simples maravillosísimos, que auxiliaban á la universal combustión de la vida. La razón humana se emancipaba por completo de la tutela teológica. El derecho penal comenzaba á sentir la regeneración que puede haber en el castigo y la necesidad de abolir los útiles horribles manchados de sangre que han servido para el tormento. La llama de la Inquisición clerical, que reducía á cenizas las ideas, se apagaba y con ella los reflejos en el mundo moderno del infierno de la Edad Media que habia proscrito la esperanza. El sentimiento del progreso se animaba é infundía la idea de que ningún esfuerzo quedara sin resultado, ningún trabajo sin premio, ningún pensamiento justo sin realización en la vida. Al derecho señorial, que habia erigido el castillo para los señores y la horca para los pecheros; al derecho divino, que habia convertido los Reyes en dioses, y las naciones en predio, y los ciudadanos en propiedad de los Reyes, sucede el derecho natural que cada hombre trae consigo al nacer y que reconoce á su individualidad el espacio, la luz, el aire correspondiente á su vida en el mundo social. Grande y glorioso siglo. Hoy que en el seno de un hogar seguro, con la altísima dignidad de ciudadanos, con el derecho fundamental reconocido, con la prensa en las manos, con la tribuna á los pies, nos levantamos mucho más alto que los antiguos Reyes, solemos olvidar nosotros, inertes piedras del terruño, que nos ha dado la vida con sus violentas revoluciones, y que nos ha redimido con sus santas y consoladoras ideas. El ideal progresivo, junto á la acción revolucionaria es el carácter de este siglo XVIII, uno de los días principales del Génesis social. A decir verdad, esta nueva idea encontraba un mundo preparado para recibirla y absorberla. Se necesita consultar los autores é informes del tiempo, las estadísticas, las luminosas enseñanzas guardadas en los estudios y proyectos de Turgot, los viajes de Young, los libros de economía política de Quesnay, obras todas ajenas á las pasiones revolucionarias para persuadirse de cuán lógico é indispensable era un cambio radical de aquella sociedad. Hay dos autores modernos, alemán el uno, francés el otro, que han escrito dos obras con preocupaciones y propósitos de todo en todo contrarias á la revolución: el alemán Sybel y su obra *la Historia de Europa durante la Revolución*: el francés Taine y su obra *los Orígenes de la Francia contemporá-*

nea. El primero entra en este período con la hostilidad nacida de su sangre y de su política; el segundo con tal indiferencia, que se parece en lo implacable y en lo frío á la Fatalidad. Ambos han instruido el proceso de la revolución como verdaderos jueces y han fallado después de largos y concienzudos informes. Y yo digo que, una vez leídos los dos, no hay quien dude por un momento de la necesidad inevitable de la revolución francesa tan denostada, y de su virtud y su eficacia en el humano progreso, movimiento indispensable á las sociedades humanas, pues las renueva sin destruirlas y las robustece aunque á primera vista las debilita y las quebranta. Todos estamos penetrados por la idea revolucionaria del siglo pasado en que nuestros espíritus se animan como nuestros poros en el oxígeno universal. Aquellas ideas de justicia y derecho, exparcidas por tantos siglos y condensadas en la centuria última, ganan á sus mayores enemigos cuando se ven éstos víctimas de la menor persecución religiosa ú objeto y blanco de las ideas por ellos preferidas. Violad el hogar y el templo y la conciencia de un reaccionario, y veréis cual clama por su derecho. La revolución impera en sus mayores enemigos.